

Hoy queremos libros manuales que sean pequeños destellos de sorpresa y esplendor: no serios, y menos aún enfurruñados; salvadores sí, pero por triviales o divertidos. Que nos entusiasmen sólo por un rato, de manera que con retazos o fragmentos yuxtapuestos, como el video-clip, nos den gusto individual y ayuden a cada quien a configurarse una subjetividad valiosa.

# ¿Qué leemos al final del milenio?

IGNACIO CASTILLO

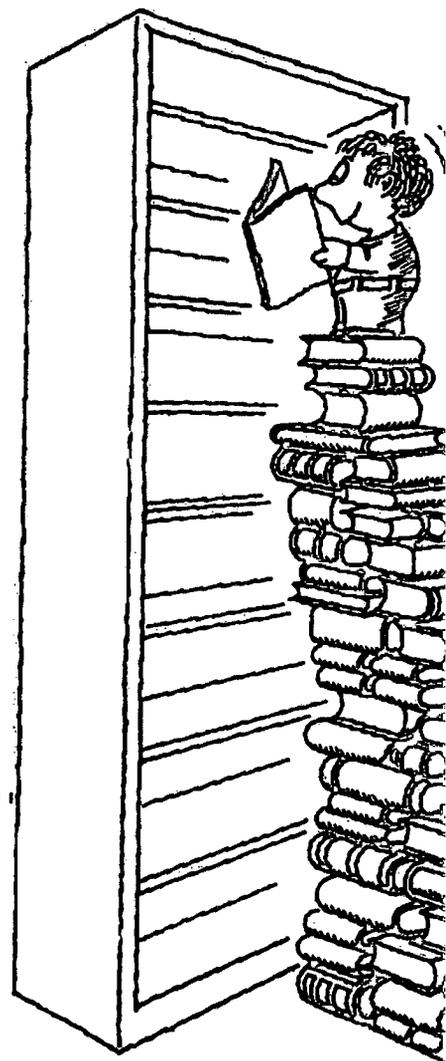
Leer es siempre un acto de sumisión, rezaba en aforismo Ramos Sucre, a contrapelo de la Ilustración que desde el siglo XVIII, como ethos dominante de Occidente, había entendido y proclamado que leer, y leer libros, y leerlos de cabo a rabo, era el modo supremo de saber, de acceder a la realidad, y de poder proceder técnicamente, con teoría. Y, por eso también, estudiar, aprender y saber, hasta hace poco y todavía hoy, era aprender a leer y escribir para tener acceso a la información que eran los libros; y el culmen del saber, llegar a escribir al menos un libro, y el del éxito como escritor, ser conocido como autor de libros por leídos. Desde Morgan, lectura y escritura han sido la raya entre civilización y barbarie: Santos Luzardo era bueno por letrado y Doña Bárbara tal por no haber leído un libro...

La letra impresa, el libro, ha sido uno de los paradigmas y, junto con la máquina, casi el símbolo de la modernidad científicista y pragmática que pareciera estar a punto de otro giro más que copernicano: el saber ya no se transmite y contiene en los libros, sino en los medios electrónicos y cibernéticos, más rápidos y portátiles que la biblioteca y la carga marina o aérea; integradores y privilegiadores de la imagen, como en la humanidad antigua. Y bien

sabemos que siempre una imagen, o una forma, ha valido más que mil palabras dichas o, menos aún, impresas. Medios mucho más costosos y excluyentes, en su tecnología y control, que los libros, pero de tal alcance que los hemos caracterizado como masivos o de masas. El libro ya no sería el lugar, para los mismos intelectuales, del gozo del saber y el placer estético.

La exacerbación de la verdad objetiva racional y científica, y sus promesas para el futuro, contenida en los libros, nos ha llevado al relativismo gnoseológico; sin fundamentos serios, se ha disuelto el tradicional sujeto humano apoyado en la trascendencia, y ser de conciencia y responsabilidad ética. Estamos cansados de los metarrelatos de grandes pretensiones históricas, sociales, filosóficas, utópicas: ya no más literatura socialista o estructuralista, o disputas sobre el psicoanálisis, o tratados con aspiración de sistema, o teorías políticas; ni siquiera relatos de ficción con algún tufo a épica (como pudo ser hace treinta años los cien de soledad de los Buendía).

Queremos libros manuales que sean pequeños destellos de sorpresa y esplendor: no serios, y menos aún enfurruñados; salvadores sí, pero por triviales o divertidos. Que nos entusiasmen



retazos o fragmentos yuxtapuestos, como el video-clip, nos den gusto individual y ayuden a cada quien a configurarse una subjetividad valiosa, informada como conviene a ciudadanos de una aldea global, y particularizada al máximo, gracias al propio eclecticismo, para no perdernos en el laberinto seductor de las identidades homogeneizantes. Todo termina siendo igual, pero todos tenemos el derecho a escoger nuestros propios autodestellos canalizados por la oferta editorial.

Ya que no podemos solucionar los grandes males, intentemos pequeños esfuerzos para placeres sencillos que pueden llegar a ser exquisitos o sobrecogedores.

El peso de un mundo montado sobre la racionalidad tecnológica y burocrática, mundo en el cual y del cual vivimos, y que no está ni mucho menos agonizante, nos lleva a buscar un contrapeso cultural. Comenzamos a intuir la insuficiencia de lo que imposibilita, y a experimentar el fastidio y el fraude de sus

pretensiones de copar nuestro horizonte de vida. Desmitizados, desencantados, desinhibidos, desarticulados, descargados, destapados, desenvueltos, desenfadados, desinteresados, des preocupados, despatarrados, desparramados, desinflados, comenzamos a querer otra cosa.

Hoy se escriben, publican, compran (a pesar de la inflación) y leen más libros y objetos religiosos que nunca antes. Ellos ya no son el eje de configuración de la subjetividad ni popular (que nunca lo fueron, a Dios gracias) ni de las élites llamadas cultas (que en otros medios tienen mucho más saber y sentir). Libros de temáticas convencionales ahí siguen estando y creciendo, incluso con campos en efervescente demanda, como los manuales de computación o para navegar más diestramente por internet. Pero a ojo de mal o buen cubero, en este final de milenio, mina o ganga del mundo editorial, demanda de los posibles lectores, lo que pululan son pequeñas soterologías: es decir, libros con vocación de talismán, manuales de uso generalmente sencillo, "prácticos", cortos, poco engorrosos, que ofrecen, por caminos reductivamente específicos, la salvación individual. La salvación entendida como estar bien, "yo estoy bien, tú estás bien", desde ahora y hasta la eternidad, "vida después de la vida". Las mil versiones de los orientalismos que se pueden aprender en iniciaciones para las que basta una semana (salpicadas con citas del Bhagavat-gita, el Tao, los dichos de Buda o relatos Zen), libros para aprender a respirar, caminar, estarse, construir el cuerpo, copular, relacionarse (análisis transaccional), expresarse y controlarse, comer lo debido y del modo adecuado, tocarse, imponerse las manos, masajearse, concentrarse, aprender a ver, oír, sentir, recordarse, relacionar, autoexplorarse, curarse en salud (hasta la cristoterapia), para aprender a usar el cerebro límbico, la amígdala, el cerebro frontal o el neocortex desde el hemisferio izquierdo (las ideas) y desde el derecho (las emociones), toda esa bella historia de la inteligencia emocional... Libros y objetos para poder hacer conscientes las propias vidas anteriores (la reencarnación), para tener noticias de otros Lázaros que sí han podido venir a contarnos sobre la vida futura, para entrar en contacto con los ángeles, sobre todo con el propio ángel de la guarda o con los demonios; para entender

el mensaje de los astros sobre mi vida y poder interpretar adecuadamente mi verdadero horóscopo, para captar y dejarme guiar por los seres de la luz, por los extraterrestres o por cualquier demiurgo allende toda galaxia intracósmica. Caminos metafísicos, gnósticos, desde la criolla Méndez que mejor cantaba al sofisticado Harold Bloom de "Presagios del Milenio". Algunos vienen hasta con su música, el New Age, por citar un ejemplo grande y bueno. Modos de usar las piedras, los cristales, las auras, los fluidos, los sonidos, el paisaje, el cielo, las nubes y los astros. Todas las hibridaciones valen: véase "El canto de la rana" de Anthony de Mello, hermano jesuita.

Se trata de propuestas de salvación blandas (sin exigencias de compromiso personal) pero con exigencias ascéticas parciales que sirven de placebo vital y que pueden generar -aunque no sea lo más corriente- fanatismos e intolerancias de gran dureza farisaica. No generan iglesias, casi que ni sectas, a veces grupos de temporales entusiastas brevemente iniciados, pero no hace falta.

No es lo más corriente ya que todo vale: cada subjetividad lectora hace su propia ensalada. De la propia tradición cultural usada (no estrenada personalmente) tenemos la Biblia, el libro de salvación, configurador de Occidente -que, según dicen, sigue siendo el libro más leído y publicado de la historia del planeta- y por sobre lo que de ella tomamos y dejamos, aglutinamos y contraponemos (cada quien a su gusto) la magnífica proliferación de ofertas de salvación de este final de milenio, coincidente al acaso -no creo que por la configuración astral- con un giro cultural importante.

Lejos de mí, cura, antropólogo a medias, en parte promotor cultural de oficio, hacer burla o desprecio de caminos de salvación, propios o ajenos, que encierran las formas más altas y simultáneamente ambiguas, de lo que yo creo que son las posibilidades humanas: los símbolos en los que poéticamente articulamos las contradicciones de lo real y pretendemos trascenderlas; los mitos en los que soñamos colectivamente respuestas a las grandes preguntas (como dice Laín Entralgo: "lo verdaderamente último será siempre incierto, lo verdaderamente cierto será siempre penúltimo. Si para el hombre es posible un

conocimiento verdaderamente cierto de lo último, dígalo cual según sus personales creencias acerca de ese doble siempre"); o de los ritos que, cuando no son ritualistas (repeticiones compulsivas sin sentido), manifiestan y desatan el poder de la vida. Tengo para mí que sin misterios y enigmas no es posible una vida verdaderamente humana. Siempre que no sea despreciar los saberes autónomos ni simplemente resignarse o evadir, las creencias frente al Misterio y los enigmas serán múltiples, y también las técnicas de acceso, y así ha sido aun dentro de la tradición cristiana. Y espero que estemos todavía, en gran medida, en capacidad de hacer nuevas experiencias y descubrimientos. Quizás el nuevo tiempo, del siglo XXI, del tercer milenio después de Cristo, sea el de un encuentro más feliz y pleno entre los saberes de la ciencia sobre el ser humano y la diversidad de experiencias religiosas, de grandes confesiones y tradiciones, y de pequeñas minorías, del planeta. Los ingredientes están ahí crudos, o cocidos pero congelados, picaditos, en Babel balbuciente.

Decía el andaluz a quien querían convertir a otra religión: "No creo yo en la religión verdadera; ¿y voy a creer en esa suya...?". A Dios nadie lo ha visto nunca. El que no conoce a Dios, donde quiera se anda hincando. Vivimos hincándonos (o sentándonos a leer) en cualquier parte (o libro). Leer es siempre un acto de sumisión pero nos permite conocer los ingredientes para ir haciendo con la experiencia vivida y el quehacer interhumano, nuestra propia ensalada de vida y ulteriores pretensiones. Y negro que no pretende, no goza. Hincarse de rodillas de verdad, implica el riesgo casi cierto de hincarse alguna de diversas espinas, pero podríamos decir con el poeta:

*"Aguda espina dorada,  
quién te pudiera sentir,  
en el corazón clavada".*

Y todos quienes leemos somos de algún modo masoquistas; y quien bien escribe, sádico.

Ignacio Castillo es jesuita, antropólogo, promotor cultural, Director de la Fundación Aguafuerte